

El vuelo de la mariposa
Seudónimo: Blanca Varela

¡Mira qué bella es!, susurro mientras llamo la atención de mi hija para que vea la mariposa que se le acaba de posar sobre el dorso de la mano. Durante unos segundos callamos. No es un silencio consciente y mucho menos premeditado. Clara, además, detiene el movimiento de su cuerpo, evitando así que el insecto huya. El sol dibuja aguas a nuestro alrededor. Sonríó buscando una anhelada complicidad. De pronto su rictus se ve agredido por el desencanto y, sin levantar la vista de su nueva preocupación, estalla:

—¡Pero, mamá, una de sus alas está rota!

Formados en disciplinadas filas, humilde y obedientemente, el grupo desaparece. Hoy Clara ha estado colaboradora. Y cariñosa. No siempre es así. Muchos de los encuentros que tenemos en el centro psiquiátrico se convierten en tensos desafíos contra un vacío doloroso. Como si ambas, con predisposición y entrega, pasáramos el rato lanzando puñetazos al aire. Somos combatientes, cargamos un largo historial de batallas sobre los hombros, en terrenos cruentos y sanguinarios; y siempre el mismo rival, resistente e invencible: la razón de mi hija Clara.

En este punto de la historia, yo no soy ni yo ni otra, más bien me reconozco como un abismo por donde continúo cayendo. Pero realmente, lo que ahora necesito es des-caer. Regresar sobre mis pasos o, siendo más justa en la explicación, retornar sobre el abismo recorrido, acomodarme discretamente en el origen e iniciar un nuevo caer, con menor diligencia y, si es posible, comprender y acertar.

La recogí entre mis brazos cuando aún no había cumplido dos años. Su cara de piel tersa asilaba una mirada vacía, perdida en una incipiente infancia de abandono y largas hileras de camas metálicas. Se abrazó a mí porque así lo indicó una de las cuidadoras, en su idioma, y yo supliqué, por lo bajo, que sus bracitos jamás se desanudaran de mi cuello. ¡Qué felicidad sentí!

Seguramente necesitemos la cercanía, el convencimiento, la confianza de alguien para armar identidades y apegos. Yo le prometí, con aquella traicionera inconsciencia del desconocimiento y la ignorancia, ser la mejor madre que jamás alguien hubiera soñado y, sin embargo, ahora me doy cabezazos contra la pared maldiciendo lo prepotente e ilusa que resulté. Y es que con frecuencia me encuentro en el error, como la que se lanza sobre las aguas de una pequeña piscina, confiada, y al sacar la cabeza después de la zambullida inicial, descubre un océano peligroso e inabarcable. El equívoco debe de ser parte de mi condición.

Ahí te has quedado, Clara, secuestrada por la enfermedad, también por la maldad de otros, y yo...yo tengo que decir adiós, y marcharme. En ocasiones ni siquiera nos despedimos. Lloras, y lloro, y la fila de compañeros te engulle y desapareces y yo regreso a nuestra casa estirando de una soledad insoportable.

¿Importa saber quién es nadie, Clara? ¿Conocer significa una conquista sobre otro? ¿Sobre nosotros? O una derrota en la construcción de nuestra identidad y esperanza en el transcurrir de la existencia. Tanto quisimos descifrar, o quizás tan poco.

Pienso que fuiste una niña feliz. Por supuesto deseada. Papá y yo procuramos tu bienestar y disfrutamos de cada uno de los períodos con un profundo agradecimiento. En meses pasaste de ser una niña temerosa, retraída, a cuidar un carácter alegre y espontáneo que se convirtió en nuestra imagen de adoración.

Tuviste años donde el deporte fue tu centro, muchos, pero al llegar a la adolescencia —con el cambio del centro escolar que conllevó pasar de primaria a secundaria— los intereses fueron variando hasta que decidiste libremente centrarte en los estudios y, como vimos lógico, en tus nuevos amigos.

Nuevos amigos, Clara. Nuevos amigos. Ahora me hundo en mis propios sueños y voy acomodándome en insondables y despiadadas profundidades. El delirio no se manifiesta mullido ni acogedor. A tiempo real todo resultó tan sutil. Fue al echar la vista atrás cuando reparé en mi torpeza, en lo estúpida que fui al no haber estado ahí, en el momento justo.

El carácter te fue cambiando y las palabras se borraron precipitadamente de tus labios. Las salidas habituales se acabaron y solo buscabas cobijo en algún lugar discreto de nuestro hogar. Fui despertando a base de sacudidas. Intenté preguntar, echar mano de la confianza que yo concebía como centro de nuestra relación. Todo resultaba hermético, inescrutable. Intenté otras posibilidades y me reuní con tus profesores, saquéé la intimidad registrando tus cosas. Fue un proceso que viví como una auténtica enajenación. Cada descubrimiento resultaba un revés sobre mis costillas, sparring de una macabra historia. Cualquier hallazgo me llevaba a un hecho inconcebible. Intenté arrancarme de los ojos el horrible presentimiento, pero una y otra vez, reaparecía como la más indeseada maldición. Tragué, y mi garganta vaticinó los nudos que vendrían después. Hablé con papá y ambos buscamos tu confesión. Violada por tres compañeros de clase. Avituallados, con tu testimonio y un fragmento de vídeo que corría de móvil en móvil, acudimos a la policía. Interpusimos la pertinente denuncia.

La justicia, bondadosa y hasta comprensiva, dejó florecer en nosotras cierta esperanza de amparo y probidad, sin embargo, pronto entendimos que el sistema era una especie de fino cobertor que se rajaba con solo rozarlo, como si el tejido estuviera pasado y no resistiera, siquiera, una única puesta. Jamás existirá justa compensación para la pena tuya. La maledicencia se propagó como una mancha de fuel en el mar.

Acumulamos un triste rosario de dificultades y tapias. Aquel peregrinar nos afectó. Y tanto que nos afectó. Papá se fue borrando a base de silencios y ausencias. Casi sin darnos cuenta desertó de lo que le supuso un escollo insalvable en su existencia. Ahora que lo pienso, fíjate, a estas alturas soy capaz de comprenderlo. No hay reproches. Clara, es todo tan extraño. Al tiempo enfermaste y yo contemplé con terror cómo se desarrollaban raíces por doquier y las circunstancias asomaban incómodas y arcaicas.

Hoy te han tenido que entubar y darte el alimento por vena. No hay manera, quizás todos nos hayamos rendido. Te miro y una ruina atenaza la boca de mi estómago. Desde hace años aguanto el ataque férreo que se me infringe por múltiples ángulos, vacío de compasión y remordimiento, porque estás enfadada, dolida con el mundo que te toca y jamás te acaricia, porque él

repartió las cartas y al verlas tienes la certeza que es a ti a quien le toca perder. Resisto, Clara, porque es de madres resistir, sin embargo, sé que este es un presente cuajado de pústulas y que la infección anda conquistándolo todo. No puedo llenar mis manos de lo que ya no tengo. Es una sensación de vacío absoluto. ¿Me comprendes?

Y te imagino sentada en un banquito de madera, con la expresión cándida de cuando nos conocimos, aguardando. Y veo que tu esperanza es una estación solitaria. Que mientras cae la noche esperas un tren que todavía no llega. Que probablemente jamás llegará. Que todo huele a balastro y a abandono, y que el paisaje va envejeciendo con tal aceleración que sientes la amenaza y el término como única realidad.

Llevas años sin menstruar y ahora pesas treinta y dos kilos justos.

Existe un lugar reservado para nosotras. El porvenir cobija ese instante, y lo libra de manos ajenas que pretendan apropiárselo, ahí, hija, solo cabemos tú y yo. Este es el grabado de mi única esperanza.

Ya no pueden hacer más. Así me lo ha explicado el equipo médico; después algunos me han ofrecido el breve calor de sus manos y se han ido retirando, dándonos la espalda, como la vida.

¿Cuándo nos encontraremos, Clara?, alejadas como estamos por tanto contratiempo. Esta es tu lucha, ¡no!, detesto esta palabra, mejor, Clara, este es tu vuelo, el vuelo de la mariposa que ha decidido claudicar. No se puede andar mutilada por todos lados.

Al ver cómo sellan tus párpados me agradece la certeza de que seguiré viviendo aún sin nada que le dé sentido a la existencia. Un puñal hundido en mi carne, un lance tan real como macabro.

Se cierran tus ojos de tierras lejanas y, aunque nunca fui ejemplo, moriré siendo testimonio, tan solo. A mí también me ha tocado perder.